

LA NOVELA DE HOY

IMPR. DE HIJA DE ENRIQUETA (S.A.) MADRID.

Las vendedoras de caricias

por

Alvaro Retana

Alvaro Retana
1923

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZÁBAL, 42. :-: Teléfono 24-53 J. :-: Apartado 473

Año II | Madrid, 13 Julio 1923 | Núm. 61

Las vendedoras de caricias

NOVELA

por

ÁLVARO RETANA

ILUSTRACIONES DEL MISMO

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1923

En nuestro número próximo

publicaremos

EL SIGNO DE SIVA

por

V. DIEZ DE TEJADA

Ilustraciones de OCHOA

ALVARO RETANA

El novelista de moda.

Tiene una juventud ambigua y deliciosa,
y es ingenuo y osado, cortés y libertino;
es de una simpatía cordial y peligrosa,
y sabe de los gustos de aquel marqués divino.
Como sufre el veneno de la literatura,
traslada a sus novelas la existencia amoral;
pero siempre exquisito, con perversa diablura,
no pinta en sus escenas nada que huela mal.
Se admiran sus novelas, leídas a hurtadillas,
que laten de lujuria, igual que un corazón,
y cada hoja es un surco repleto de semillas
de pecados de rosa, de encanto y perversión.
Su vida es un derroche de placer y *snobismo*,
—ojos de adolescentes y risas de mujer—.
Su vida, cual sus libros, es el profundo abismo
que todos, aunque temen, desean conocer.
El crea con sus obras inquietantes ojeras
entre las colegialas y los adolescentes,
alarma a las familias de costumbres austeras,
porque aborda, sin miedo, temas impertinentes.
Posee independencia para vivir su vida;
sin embargo, ladino, por miedo "al qué dirán",
la separa de extraños con una red tupida:
pone a Dios una vela y la otra a Satán.

Tiene amigos cadetes y lindas tobilleras,
que le citan los jueves para el te en Molinero,
y le envían misivas muchachas sensibleras
y chiquillos precoces, que él contesta ligero.
Con él se está al principio siempre en toda aventura,
aunque a veces parezca que ha llegado el final;
y da la sensación, en su extraña locura,
de un ángel cometiendo un pecado mortal.
El es, como el "fox-trot" y como la morfina,
un producto que trajo la civilización.
Saben a éter sus libros, a ajenjo, a cocaína:
en ellos la sonrisa oculta el corazón.
Su gentileza equívoca va amparando su vida;
su franqueza disculpa el mal de la caída,
y el morbo de su encanto da la curiosidad
que inspira este "demonio de la sensualidad".

ANTONIO CAMPOY.

Granada-1923.

A MANERA DE PRÓLOGO

Mientras el auto *nos conduce a Torrejón, Alvarito Retana me explica la causa por que se ha cortado el pelo al cero, convirtiendo su cabeza en una hermosa bola de billar.*

—Es una consecuencia de mi nueva modalidad artística. Rafael Salvador, el director de la casa editora de películas más importante de España, hombre admirable que ha presentado maravillosas producciones, entre ellas Sangre y arena *y* La España trágica, *me ha contratado como actor cinematográfico, y actualmente me preparo para mi* début, *que será en la adaptación de una obra teatral actualmente predilecta del público. Y totalmente en serio, debo decirle a usted que en la misma obra debutará como artista de* cine *la angelical Chelito.*

—¿La célebre Chelito?

—¡La divina Chelito! Que aquí para inter nos *está más bella, más joven y más sugestiva que cuando tenía quince abriles. Chelito está hoy en la plenitud de su hermosura, y ninguna con más*

derecho que ella para filmar *una película con el novelista más guapo del mundo. La escena en que Chelito y yo nos bañamos en el río a la luz de la luna, causará verdadera sensación, y el día del estreno de la película se obsequiará a cada espectador con un cubo, pues habrá momento en que se le caerá la baba hasta al operador. Esta tarde le he traído a usted conmigo a Torrejón para que conozca la finca que poseo, y que servirá de escenario para algunos pasajes de la película en cuestión.*

Al entrar en la posesión del joven novelista adviértense los más opuestos matices de la decoración. El hall *de entrada, señorial y fastuoso, es del más puro estilo español del siglo* XVII, *con sus vargueños, sus mesas talladas, sus sillones fraileros, sus damascos, sus armaduras y sus bandejas de plata. El comedor, por el contrario, estilo inglés moderno, con sus maderas claras y sus floridas cretonas, un gramófono y la cristalería reluciente, parece reproducido de una página del Vogue. En la alcoba, en azul y rosa, presidido por una imagen del Cristo de Limpias, triunfa el esplendor de un lecho turco, recorrido por una colcha originalísima, regalo de Luisita Esteso.*

El despacho también está inspirado en la moda contemporánea inglesa; la cocina es digna de un palacio y el cuarto de baño, espacioso y dotado de todos los servicios y refinamientos, no se encontraría más confortable en el primer hotel de España.

Retana me señala diferentes obsequios de La Goya, María Conesa, Carmelita Sevilla, Luisita Esteso, La Cibeles, Merceditas Serós y otras encopetadas artistas.

En cuanto al patio, sevillano, es una verdadera preciosidad que hace exclamar a Retana:

—Esta cubierta de cristales, que, como usted verá es un prodigio de elegancia y solidez, me la ha puesto la casa Eclipse, que es la primera en esta clase de trabajos; los azulejos del zócalo, reproducción de los que tiene el convento de Santa Clara, de Sevilla; las losetas rojas del piso, con olambrillas, y el estanquito con cinco ranas, surtidores, proceden de la célebre casa González, de Sevilla, y la instalación y servicio del agua es obra de la casa Ullastres, que ha realizado una labor perfecta. Estos cuatro retratos en azulejos, que decoran las paredes del patio, me los ha hecho la casa Guijo.

Los cuatro retratos son realmente muy decorativos, y llevan en la parte inferior de la orla el nombre de los interesados: Lina Valery, Alvaro Retana, Alfonso y Rafaelito.

—Cuando yo compré esta casa hace tres años—me explica Retana—era una birria. Este patio era un corral. Al transformarlo he puesto los retratos de la muchacha con quien yo sostenía entonces relaciones amorosas, y los dos niños, vecinos míos,

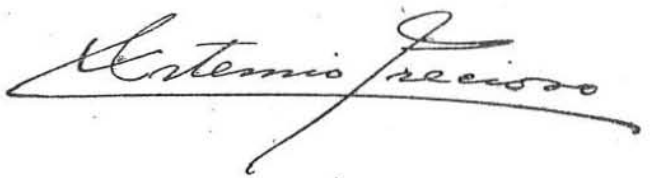
que alegraban mi casa. Yo entonces, aunque empezaba ya a ganar mucho dinero, no tenía la celebridad de hoy, ni estaba devorado por las inquietudes que hoy me asaltan. Entonces no amaba a más mujer que a Lina; le era absurdamente fiel, y estos chicos eran como dos hermanitos honorarios que frecuentemente bajaban a casa a tocar la pianola o a acompañar a la Valery honestamente. Estos retratos serán dentro de algunos años el recuerdo de mi auténtica juventud, el talismán que me traslade a mi época de ilusiones, cuando soñaba con triunfar y tener dinero, no por mí, sino para hacer la vida agradable a los tres monigotes que entonces me rodeaban.

—En el fondo es usted romántico.

—Incorregible. Lo fuí con mis amantes y amigos de ayer. Lo soy actualmente. Lo seré siempre. A mí me hace feliz ver que son dichosas las personas a quienes quiero. Ninguna amante mía podrá acusarme de tacañería. Mis sortijas, mis pulseras, mis alfileres de corbata, más que yo, los llevan mis amigos. Yo no deseo nada más que trabajar, ser bueno y ver contento a todo el mundo. ¡Cuesta tan poco trabajo perdonar! ¡Vive uno tan tranquilo sabiendo que no causa mal a nadie y que no merece la deslealtad, ni el daño que procuran causarle!

Después de la merienda emprendemos el regreso a Madrid, satisfechos del paseo que me ha permitido conocer la hermosa posesión del joven es-

critor galante, a quien tantos suponen loco y frívolo, cuando en realidad es un modelo de cordura, y en su casa de Manuel Silvela, 10, Alvarito Retana elige entre las varias fotografías que conserva, hechas por Novillo, la que hoy figura en la contraportada.



I

LAS VENDEDORAS DE CARICIAS DEL PALACIO DE NACAR

DEDICATORIA

¿Para qué poner tu nombre? Esta obra no puede ir dedicada a nadie más que a Ti.—ALVARO.

La puerta se cerró tras la última *oirán* que venía de recoger su pipa de marfil olvidada en otra estancia del Palacio de Nácar, y un silencio profundo reinó en el fumadero.

Encerrados en aquel camarín decorado con kakemonos de precio, banquetas de laca y esterillas de tek, diminuta y fragante habitación en que el perfume de los crisantemos se mezclaba con el del té y el opio, las pálidas muñecas del placer entornaban sus ojos oblicuos con perezosa voluptuosidad ante la idea de que durante unas horas iban a permanecer en reposo, lejos de las restantes vendedoras de caricias que oficiaban en el suntuoso templo de los deleites prohibidos y sin sentir clavadas en sus frágiles carnes juveniles las miradas ansiosas de los frecuentadores del palacio del goce.

En seguida una de las *oiráns* colocó un gran número de pequeñas copas, de tacitas, de escudi-

llas de porcelana y de frascos pequeños sobre la blanca estera del suelo, y las cuatro princesas del amor empezaron a atacar las pirámides de arroz cocido, las carnes de aves cortadas en trocitos, los lenguados picados vivos y mezclados con pepinillos y toda clase de pasteles, frutas y golosinas. Cuatro eran las *oiráns* y las cuatro habían sido



autorizadas por la dueña del Palacio de Nácar para retirarse a descansar hasta el siguiente día. Eran muy jóvenes y bellas, y las cuatro estaban unidas por fraternal afecto. Compañeras de vida, habían estrechado una amistad que ni la envidia ni los celos alteraron hasta la fecha. Y los ratos en que ellas se encontraban libres, reuníanse alborozadas para vivir otra existencia menos tumultuosa que la que por razones de su profesión veíanse obligadas a sobrellevar.

Llamábase una "Mariposa de luz", y era su cara larga y sonrosada. Sus ojos eran negros, muy rasgados, y parecían soñar eternamente bajo el arco finísimo de las cejas arqueadas. Era una criatura dócil y cariñosa, aunque un poco enamorada de su clara belleza, y solía ataviarse con rebuscada sen-



cillez que hiciese resaltar su figura gentil. Una túnica verde la envolvía, y en la cintura, por todo adorno, lucía una cinta de seda color perla, anudada en la espalda formando un lazo caprichoso.

Otra ostentaba el dulce nombre de "Noche perfumada". Era alta, frágil, de rostro delicadamente moreno, y su boquita roja, de labios frescos y golosos, diríase un capullo de rosa dispuesto a abrirse a la menor caricia. "Noche perfumada" amaba las leyendas y los versos, pues era exage-

radamente romántica. Su tocado imitaba las alas de una mariposa y estaba compuesto por grandes alfileres de oro, ramas de almendro en flor y unos hilos de piedras de colores. Su traje amarillo, que se esfumaba de arriba abajo en primorosa gradación, ceñía su flexible cuerpo, haciéndola parecer más deliciosamente morena.

La tercera se llamaba "Suspiro del amanecer",



y era famosa por su cara de óvalo perfecto y su palidez mate. Era más bien pequeña y torneada, y su cabellera en desorden caía sobre los hombros, afinando la fragilidad del cuello adornado con cuentas de coral. Tenía un gran prestigio como cortesana, porque, después de haber sido criada y educada en el Palacio de Nácar con todos los refinamientos, había realizado su entrada en el

mundo del amor en compañía del príncipe Nari-Hira, que quiso libertarla inútilmente, pues la bella princesa del Palacio de Nácar prefería la existencia de las *oiráns* a la de las amantes de los príncipes, secuestradas y odiosamente vigiladas por la servidumbre de sus señores.

Y la última era "Flor de loto", también recientemente iniciada en los misterios del placer por un rico magistrado, que la había hecho presentes muy



valiosos en prueba del entusiasmo con que ella le entregó "el encanto supremo". "Flor de loto" era cortesana muy codiciada en el Imperio, y no era su ambición disparatada, pues poseía un cuerpo al parecer forjado por un genio, con el exclusivo objeto de enloquecer a los hombres. Su traje era de raso azul pálido, bordado con dragones negros, y el manto, suavísimo como la gasa mojada,

era de tonalidad tan gris como los vapores del crepúsculo.

Finalizada la comida, que las cuatro *oiráns* animaron con las flores de su ingenio peregrino, "No-alegre y muy coqueta. Aspiraba a ser una de las che perfumada", mientras cargaba su pipa de opio, exclamó dirigiéndose a "Suspiro del amanecer":

—Hemos tenido noticia de que ayer ha venido tu príncipe y que permaneció todo el día contigo, dejándote al partir importantes regalos. También nos han asegurado que es muy posible que seas pronto coronada reina del Yosi-Wara.

—Cierto — contestó "Suspiro del amanecer", apoyando los codos en unos almohadones de seda roja—. El príncipe me ha dedicado un día, y además se ha portado tan generosamente como de costumbre. Mirad uno de sus regalos.

"Suspiro del amanecer" introdujo su mano marfileña entre los pliegues del cinturón, y en seguida sacó un precioso puñal, en cuyo mango, de oro, veíanse incrustadas infinidad de piedras preciosas.

—¡Extraño regalo!—exclamó "Flor de loto"—. ¿De qué puede servirte ese puñal?

—Yo se lo he pedido a mi adorador con insistencia—respondió "Suspiro del amanecer"—; pero él ignora la razón de ese capricho. El príncipe Nari-Hira pretende comprar mi libertad y llevarme consigo, cosa que no ha realizado porque yo he procurado disuadirle por ahora.

—No eres prudente rechazando a un príncipe tan generoso—observó "Flor de loto"—. ¿Qué más podrías desear que vivir independiente y rodeada de comodidades? ¿No es esa la constante aspiración de toda cortesana?

—Eso pensáis vosotras—repuso la ondulante "Suspiro del amanecer"—. El príncipe es viejo y celoso, y yo desearía la única compañía, para vivir aislada, de un hombre joven y amable. Aquí no carezco de nada, y mis adoradores, cuando el príncipe se fatigue de mí, serán numerosos y variados. ¿Por qué reducirse a un solo amante, pudiendo cambiar todos los días como vosotras? Hoy soporto al príncipe porque su protección me reporta celebridad, prestigio y regalos; pero si mañana él se obstinara en comprar mi libertad y ofreciera una suma tan importante que la dueña del Palacio de Nácar se viera en la precisión de entregarme a él, yo con este puñal me libertaría de las horribles horas que el amor del príncipe me depararía. Yo ansío vivir eternamente en el Yosi-Wara. Reír con vosotras, amar con vosotras y sufrir con vosotras, si es preciso. Y cuando me muera, quiero ser enterrada cerca del Palacio de Nácar, para que todos los días depositéis crisantemos sobre mi tumba. Variar de amantes, gozar con todos y no depender de ninguno: he aquí mi ideal. Ser mariposa enamorada de las flores del

jardín; pero no posarse jamás sobre una sola. Esta debe ser la orientación de una cortesana. Si algún día estuviera yo amenazada de cambiar de existencia, os repito que este puñal, regalo de Nari-Hira, impediría que yo fuese desgraciada. Sería la llave de mi cárcel, y gracias a él podría correr al mundo de las tinieblas, donde no se conoce el martirio de la vida unida a un solo hombre.

"Suspiro del amanecer" guardó un silencio que se prolongó durante un largo rato. La bella *oirán* contemplaba fijamente el puñal, acariciando el filo con la punta de sus dedos, y después exclamó, sepultando la hoja resplandeciente en las sombras de la vaina:

—¡La muerte! ¡Es el recurso único que nos permite eludir la tiranía de quienes pretendan humillarnos! ¡La muerte es quien nos concede algo de nobleza a nosotras, las princesas sin reino, que dependemos de nuestros propios vasallos!

—¡Oh! Pero eso de matarse una misma es horrible—repuso la ambiciosa y coqueta "Flor de loto"—. Significa renunciar al lujo, al placer, a la luz del sol, a la contemplación del mar... Si alguna vez nos vemos obligadas a dejar de triunfar, de reír y de inspirar pasiones, que no sea por nuestra mano. Además, ¿cómo podíamos tener valor para clavar la hoja de un puñal en nuestros cuerpos tan delicados? Lo que es yo, preferiría soportar al hombre más horrible del Imperio, antes que recurrir al puñal o tomarme un veneno...

—Porque todavía no sabes lo que es vivir cautiva de un hombre viejo, feo y celoso—interrumpió "Noche perfumada"—. Pero si algún día tuvieras la amenaza de un porvenir tan espantoso como el que, al parecer, amenaza a "Suspiro del amanecer", serías capaz, no sólo de apelar al suicidio, sino de sufrir estoicamente un martirio análogo al de "Agua plateada". ¿No conoces la historia de esta infortunada princesa del amor, que es una de las leyendas más divulgadas en el Yosi-Wara?

—No—contestaron a un tiempo "Flor de loto" y "Suspiro del amanecer"—. Pero nos gustaría conocerla. Te rogamos nos la cuentes.

—Si a "Mariposa de luz", que ya la sabe, no le molesta oír otra vez la leyenda del martirio de "Agua plateada", con mucho gusto os complaceré.

—Oiré la narración con el mayor interés—afirmó "Mariposa de luz", que había escuchado en silencio la conversación de sus compañeras.

"Noche perfumada" sorbió un poco de te; devolvió la taza a la bandeja, y luego, volviéndose hacia "Flor de loto" y "Suspiro del amanecer", comenzó en esta forma, con voz ardiente y musical:

II

HACIA EL PASADO

—La maravilla del Japón ha sido "Agua plateada". La leyenda nos asegura que el óvalo de su rostro, alargado y purísimo, semejaba la mitad de una sandía; sus ojos eran frescos y brillantes, como pétalos de hortensia humedecidos por el rocío de la mañana; su nariz, recta y noble; su boca, llena de deseos, como la flor de Botán, y sus dientes, dos hileras de perlas de jade. Sus cabellos, negros como la laca de Kioto, caían sobre la frente, haciendo resaltar la transparencia de su tez blanca y esplendorosa como la nieve de Fousi-Yama; sus cejas tenían la forma del arco de la luna cuando está en cuarto creciente; su cintura rivalizaba en flexibilidad con una rama de sauce; sus dedos, largos y finos, eran como esos pececillos que llamamos sirako, y toda ella sonreía perfumada como una flor recién abierta.

"Agua plateada" floreció en los tiempos en que los señores llevaban aún sables y el Japón permanecía cerrado a los extranjeros, conservando celosamente sus tradiciones y el encanto de sus

costumbres remotas. Ninguna otra cortesana del Yosi-Wara la ha superado en belleza y sabiduría. Poseía el aspecto de una verdadera princesa de los pasados tiempos, y estudiaba continuamente las modas extranjeras; pero ataviábase con arreglo al gusto de las emperatrices lejanas. Hablaba correctamente la lengua del siglo VIII, sin mezcla de locuciones modernas, y en sus estancias todo estaba marcado con el sello de los tiempos que pasaron para no volver. Sus sirvientes eran escuderos vestidos con armaduras y sables antiguos, y cuando sus amantes de una noche no eran nobles, al despertar huía de la alcoba sin despedirse de ellos, para que, humillados, no volvieran a importunarla.

Todos estos detalles la habían conquistado una importante celebridad, y de un extremo a otro de Tokío se comentaba apasionadamente su ciencia, sus cantos y sus bailes, que hacían más seductoras su juventud florida.

Pero aquella belleza irreprochable y aquel talento maravilloso carecían de dueño fijo, porque "Agua plateada" se había negado siempre a abandonar la ciudad del Amor para entregarse a alguno de los múltiples adoradores que la solicitaban para ellos solos. "Agua plateada", arrogante unas veces, cruel otras, zalamera e irresistible siempre, rechazaba a sus pretendientes, fingiendo que no los quería o que amaba demasiado. Devoraba fortunas, y luego arrojaba al hombre arrui-



nado, como se tira una cáscara de melón, sin que nunca su corazón se interesase por nadie o alterase la velocidad de los latidos.

Ella se consideraba dichosa, y a nadie le costaba trabajo creer en su felicidad.

Pero una noche anunciaron a "Agua plateada" que el hijo de un alto personaje de la Corte, a quien el Emperador dispensaba gran amistad, deseaba conocerla, interesado por lo mucho que había oído hablar de ella.

"Agua plateada" manifestó que no tenía inconveniente en recibir al joven anunciado, y empezaron los preparativos para una noche de amor inolvidable.

"Agua plateada" retiróse a sus habitaciones para vestirse con su traje más provocativo, y cuatro jovencitas de su servidumbre condujeron al recién llegado a una estancia, cuyo pavimento estaba cubierto con finísimas esteras blancas. El joven admirador de "Agua plateada" fué despojado de sus zapatos, según la clásica costumbre, y en seguida lo trasladaron a un salón contiguo, calzado con unas sandalias, sujetas a los pies por un cordón que se anudaba por encima del pulgar.

¡Primorosa y adorable estancia! Las paredes y las puertas estaban decoradas con pinturas exquisitas, y las ventanas desaparecían tras cortinas de seda, bordadas con escenas delirantes; las esteras eran de una blancura inmaculada, y en un rincón se alzaba el consabido altarcillo de las ofrendas,

cuyos símbolos aparecían cubiertos por un lienzo de brocado de oro. El recién llegado permaneció una hora esperando a la deseada *oirán;* pero cuando ésta se presentó, en todo el esplendor de su belleza y juventud, suntuosamente ataviada y llenando la estancia de perfumes embriagadores, pensando que iba a deslumbrar al hijo del favorito del Emperador, cayó desplomada al suelo, desvanecida por la impresión que su admirador había causado en ella.

Llamábase éste Kama-Koura, y era un joven encantador, de diez y nueve años, cuyo vigor y resistencia físicas aparecían de manifiesto bajo la suave y transparente túnica que las servidoras de "Agua plateada" le habían puesto en lugar de sus vestiduras. Pálido y tenuemente amarillo como el marfil, Kama-Koura, si no era el más hermoso adolescente del Imperio, por lo menos así le pareció a "Agua plateada". ¡Aquellos ojos tan negros, tan rasgados, sombreados de azul, como dormidos en un ensueño voluptuoso! La boca, roja y encendida, sonreía dulcemente, mostrando unos dientes perfectos, de blancura irreprochable, y el pelo, sabiamente cortado, ponía de relieve la redondez de la cabeza. Kama-Koura causaba la sensación de un hombre forjado por el genio de la belleza masculina para atormentar a las mujeres con su irresistible plasticidad. El joven sonreía apaciblemente, y no llevaba otro vestido que la finísima túnica, ajustada por un cinturón de

cuero; pero a "Agua plateada" se le antojó que de aquel cinturón pendía el más descomunal y terrible de los sables, un arma deliciosa y feroz que se levantaba ante ella con expresión encantadora.

Cuando volvió en sí de su repentino desmayo, sus primeras miradas fueron para el cinturón de Kama-Koura, buscando el sable colosal que tan



airadamente la había desafiado; pero entonces se dió cuenta de que había sufrido una comprensible alucinación, y, más tranquilizada, se puso a departir amigablemente con el joven, sobre unos almohadones, tan mullidos como abundantes. Las puertas de la estancia fueron herméticamente cerradas, siendo colocadas en ellas las servidoras de la *oirán,* para impedir que nadie molestara a la pareja, y, en seguida, el idilio de ambos jóvenes comenzó en una forma realmente tumultuosa.

La verdad es que, según una de las guardianas del camarín de "Agua plateada", parecía que habían instalado allí una herrería, a juzgar por el gran ruido que con sus juegos y asaltos promovían. Y a tal extremo llegaron en su afán de sepultar clavos y más clavos con fragoroso estruendo, que otra servidora de "Agua plateada" exclamó:

—¡Muy caliente debe de estar la barra de hierro para que suene de esta manera el yunque!...

Fueron tan intensas sus caricias, sus voluptuosidades y sus desfallecimientos, que dejaron transcurrir siete días y siete noches sin darse cuenta de la fuga del tiempo, como si las siete jornadas no hubiesen sido más que una sola. Al amanecer el octavo día cesó el estrépito amoroso de ambos amantes, y Kama-Koura, el joven herrero del martillo retumbante, abandonó las estancias de "Agua plateada", dejándola transida de placer y ofreciéndola volver en breve, para continuar los deleites de su primera entrevista.

La altiva y codiciada *oirán,* por el arte del hijo del favorito del Emperador, olvidó su proverbial orgullo, para convertirse en la más humilde y tierna de las enamoradas. Ella, antes desdeñosa y cruel, déspota con sus adoradores, tornóse, al conocer a Kama-Koura, en una criatura afable y cariñosa, dispuesta al sacrificio con tal de conseguir la asiduidad de su enternecedor amante.

"Agua plateada" empezó a acariciar la idea de abandonar el Yosi-Wara, para vivir dedicada exclusivamente a su fogoso Kama-Koura. Cesaría

en su existencia de cortesana para consagrarse en cuerpo y alma al hombre que tan certeramente la había cautivado. ¡Oh, qué dicha huír de la ciudad del amor comprado, para consagrarse al joven, cuyas ternuras la habían conmovido de tal suerte, que a su solo recuerdo estremecíase convulsivamente y agitaba sus muslos en ardiente delirio!

Pero "Agua plateada" no contaba con la Fatalidad, que, sin duda, se había empeñado en perseguirla desde el instante en que Kama-Koura la poseyó. Y así, pues, os diré que...

III

BODAS IRREALIZABLES

Hizo una corta pausa la gentil "Noche perfumada" y, levantándose de su asiento, se dirigió a un extremo de la estancia, donde unos crisantemos agonizaban en jarros de oro. Tomó una de estas flores con rebuscada gracia, y después de haber despojado algunos pétalos prosiguió su narración:

—La ausencia de Kama-Koura del hogar paterno había colmado de inquietud a la familia del joven adorador de "Agua plateada". Al tercer día de la desaparición del adolescente, su madre, que era una dama pálida y medrosa, empezó a sospechar que el hijo hubiera sido víctima de algún crimen o accidente; pero el padre, hombre más inteligente y avisado que su esposa, dióse a pensar que tal vez el joven se encontrase escondido en el Yosi-Wara, prisionero en las gracias de alguna de las princesas del amor—flores de lujo, de encanto y de belleza—capaz de retener en sus brazos al adolescente más austero de la tierra.

—Gentil y abominable tentación son esas cria-

turas, seleccionadas entre las más raras bellezas, educadas en todos los refinamientos amorosos y aristocráticos; jóvenes, peligrosas, apasionadas y... accesibles—pensó el padre de Kama-Koura, sonriendo con malicia—. Es muy posible que mi hijo se encuentre dichosísimo acariciándose con una de esas princesas, que no se distinguen de las auténticas sino en que son bastante más hermosas. Si así fuera, cesaría mi inquietud, pues no se muere ningún joven al lado de una *oirán* apetecible; pero yo sabré impedir para lo sucesivo que mi hijo repita su visita a la ciudad del amor sin mi consentimiento y que permanezca en ella varios días sin justificar su ausencia, y sumiendo a su madre en la intranquilidad más profunda.

Inmediatamente, uno de los criados del favorito del Emperador partió con dirección al Yosi-Wara, donde averiguó que el hermoso hijo de su señor se hallaba en la agradable compañía de la más reputada de las vendedoras de caricias del Imperio, cuyo retrato le mostró.

Y no hizo el favorito del Emperador más que ver la imagen de la *oirán* que retenía a su hijo, cuando empezó a sentir una excitación inusitada. Todo su cuerpo trepidó como ante la maravilla del mundo más insuperable; sus cejas se encresparon duras y puntiagudas como clavos y su coleta levantóse estirada en toda su longitud, cual amenazadora espada, derribando con estrépito una



vitrina llena de juguetes, que cayeron al suelo en mil pedazos.

Luego, cogiendo entre sus manos la irritada coleta, sintió un íntimo y postrero arrepentimiento por haber dejado correr los años sin visitar el Yosi-Wara en otras condiciones que como simple explorador. El sabía perfectamente que las vendedoras de sonrisas de la ciudad del amor eran criaturas dotadas de todas las perfecciones y educadas en todas las artes del deleite; pero absorbido por su cargo cerca del Emperador, no había tenido tiempo para imaginar que en el Yosi-Wara pudieran encontrarse criaturas tan deslumbradoras como "Agua plateada". Y fué tan importante el efecto que la detenida contemplación del retrato de la *oirán* le produjo, que, encendido y vertiginoso, con la coleta desafiando al cielo, encaminóse a las habitaciones de su esposa, para realizar con ella lo que hubiera sido su gusto llevar a cabo con "Agua plateada". La madre de Kama-Koura, agradablemente sorprendida por aquella actitud tan gentil de su esposo, que la trasladaba a sus mejores días de recién casada, no suponía a qué atribuír la causa de aquellas inesperadas proezas; pero, en la duda, no opuso ningún calmante a su embravecido esposo, sino gozóse aun más en prestar bríos y alentar al favorito del Emperador, segura de que no volverían a repetirse aquellos continuados y eficaces halagos, que



hicieron presumir a la servidumbre que sus señores habían enloquecido de pasión.

Cuando Kama-Koura hizo su entrada en el hogar paterno, después de una permanencia de siete días en el Yosi-Wara, echó de ver que su madre estaba mustia y ojerosa; pero él lo atribuyó al pesar que su ausencia la había producido. Después de abrazarla con cariño sincero y disculpar ingeniosamente su delito, Kama-Koura fué llamado a las habitaciones de su padre, quien le reconvino afectuosamente por su falta, que le prometió perdonar a cambio de que no reincidiese.

Kama-Koura no sabía cómo demostrar a su padre su agradecimiento por aquella sospechosa benevolencia. El que conocía perfectamente la severidad del favorito del Emperador—que la mayoría de las veces degeneraba en crueldad—, temía ser castigado; pero al ver la actitud de su padre, le confesó lealmente la verdad, asegurándole que si permaneció tantos días fuera de su casa fué obligado por la hermosura y la ciencia amorosa de "Agua plateada", que le depararon los días más felices de su vida.

El favorito del Emperador, que ya estaba tan gratamente impresionado en favor de "Agua plateada", al oír aquellos elogios de su hijo decidió pretextar un viaje y dirigirse en busca de la *oirán,* para gozar de unos días semejantes a los que había disfrutado su hijo.

Y en efecto...

No tardó el padre de Kama-Koura en anunciar a su familia que se veía precisado a salir en cumplimiento de órdenes secretas del Emperador, y emprendió su marcha hacia el Yosi-Wara, acompañado por uno de sus fieles servidores.

Era el padre de Kama-Koura uno de los cortesanos más temidos en el Imperio, por su carácter irascible y sus enérgicas determinaciones. Y todo lo que tenía de bondadoso y complaciente con sus superiores, lo tenía de perverso y arriesgado con sus inferiores. A costa de innumerables intrigas había conseguido encumbrarse e influír poderosamente en los asuntos del Imperio. Disfrutaba de honores y prerrogativas inusitadas, y como era tan experto en astucias, latrocinios y ferocidades —porque no había trapacería o crueldad que no hubiera cometido, amparado en su valimiento cerca del Emperador—, apenas hizo su aparición en el Yosi-Wara todas las vendedoras de caricias se colmaron de sorpresa e inquietud.

El servidor del padre de Kama-Koura, al advertir el deplorable efecto que la llegada de su señor ocasionaba en el Palacio de Nácar, le indicó la conveniencia de que se ocultura el rostro y que se hiciera conducir a las habitaciones de "Agua plateada", anunciándose como el joven Kama-Koura.

No desaprobó este plan el favorito del Emperador, y en seguida unas *kamelos* de diez a doce años, sirvientes de "Agua plateada", le introdu-

jeron en una salita elegantemente decorada y en el centro de la cual ardía el *penko,* llenando la estancia de esa humareda azul que caracteriza el exquisito perfume oriental.

El padre de Kama-Koura sentóse sobre la blanca estera que cubría el suelo, cerca de un hermoso biombo, en el que sobre el fondo de plata volaban unas cigüeñas y se doblaban unas peonías, y aguardó con la natural ansiedad la presencia de "Agua plateada".

—La vida es corta y el goce infinito—pensaba el favorito del Emperador—; ¿por qué desaprovechar las horas de placer que nos brindan las princesas de Yosi-Wara? Aunque viviésemos cien años, siempre tendrían ellas un nuevo deleite con que sorprendernos. De hoy en adelante, todo el tiempo que yo malgastaba en la Corte lo emplearé en regalarme con una bella *oirán.* Si "Agua plateada" me gustase, la rescataría y la instalaría magníficamente no lejos de mi residencia oficial...

Mientras tanto, "Agua plateada", a quien habían advertido que el hermoso Kama-Koura se encontraba en el saloncito de espera, inflamada de entusiasmo se hizo ataviar por su servidumbre.

Primero trajeron las jóvenes *kamelos* el baño de madera laqueada adornado con mariposas de oro y lo llenaron de agua templada, colocando en el interior grandes manojos de lirios, y en seguida una de ellas, siguiendo lo prescrito por una receta que hasta hace poco se consideraba en el Japón

como sagrada, introdujo en el agua una bolsita llena de excrementos de ruiseñor y frotó lentamente el cuerpo de su amita para dar a la piel brillantez y tersura.



Una vez fuera del baño, "Agua plateada" se hizo rociar con los más intensos perfumes, y cuando la hubieron secado con una sábana finísima, blanquearon todo su cuerpo con una capa de polvos de arroz. En seguida extendieron por su cue-

illo y las mejillas una ligera capa de clara de huevo que fué cubierta por otra de perlas machacadas, afeitaron las cejas, dibujaron dos puntos negros en lo alto de la frente, hicieron resaltar el rabillo del ojo dándole un toquecito de rojo, avivaron los labios con una barra de carmín y comenzó la complicada tarea de peinarla.

Los espesos cabellos negros, brillantes y sedosos, de "Agua plateada" cayeron hasta los tobillos, y una vez bien desenredados con peines de madera de Tsou-Yhe, de haberlos perfumado con aceite verde de Natané y de apretarlos fuertemente formando con ellos un casco en forma de mariposa, los sujetaron con alfileres de oro y un peinecillo rematado con crisantemos blancos.

Entonces penetraron las doncellas encargadas de vestirla, y sin perder momento la pusieron un jubón de seda roja con mangas, que llegaba hasta las rodillas y se abría sobre el pecho; luego el *shitagh,* muy ligero como todo primer traje; después el *tabis* de azulada seda y las sandalias de paja de suela muy alta, forradas y adornadas con cintas de seda amarilla que se anudaban por encima del pulgar; y finalmente el traje más suntuoso y bonito de cuantos poseía la codiciable *oirán.* Aun la volvieron a perfumar con un poquito de *Sanko,* y entonces, escoltada por una *kamelo* que sostenía la cola del vestido y de otra que la abanicaba con una hoja seca, rara y frágil, recortada en forma de corazón, dirigióse al salón de espera,

donde sumido en una misteriosa penumbra la aguardaba el hombre que ella creía era su adorado Kama-Koura.

Figuraos el estupor de la bella *oirán* cuando al descorrer el mosquitero de gasa verde para que penetrase la luz, observó que en lugar del adolescente tenía ante ella a un viejo feo y reprobable y al parecer caduco.

—¡Cómo!—exclamó "Agua plateada", repuesta de su desagradable impresión—. ¿No me habían dicho que quien me aguardaba era mi adorado Kama-Koura? ¿Cómo me encuentro, en cambio, un viejo desapacible?

El favorito del Emperador no se dió por enterado de las últimas palabras de la *oirán* y contestó:

—Perdón, deliciosa "Agua plateada". Me he permitido tomar el nombre de mi hijo Kama-Koura para que me dispensaras un recibimiento más favorable. Confío en que tu benevolencia sabrá comprender y olvidar esta ligereza mía.

"Agua plateada", un tanto confusa y temiendo provocar un altercado que estropeara sus relaciones con Kama-Koura, decidió poner gesto amable al padre de su amante y aceptó el banquete que el favorito del Emperador se dignó ofrecerla, a cambio de que asistiesen algunas de sus compañeras y su vieja nodriza y consejera Ko-Mourasaki.

Ko-Mourasaki, a quien en el Palacio de Nácar llamaban la Tamaida, maestra en toda clase de engaños y trapisondas, hábil encubridora de cuan-

tas tretas discurría su señora para librarse de amantes inoportunos, era una vieja traviesa que conocía cuanto puede ser útil a una cortesana. Sabía preparar cocimientos maravillosos capaces de incendiar la sangre del hombre más indiferente o apagar los bríos del enamorado más febril; llevaba y traía órdenes con sin igual maestría, organizaba fiestas brillantísimas donde no faltaba ningún divertimiento, y con su ingenio hubiera sabido desembarazarse del monstruo más temible o escaparse de la cárcel más vigilada.

Ko-Mourasaki, sabedora de la difícil situación de la joven *oirán,* se propuso burlar al favorito del Emperador, para lo cual dispuso un animado banquete, a cuyo final hicieron su entrada los bufones, quienes ejecutaron gran número de danzas y juegos. Bajo una iluminación espléndida los bufones saltaban golpeándose las rodillas con sus abanicos, y unas bailarinas semidesnudas levantaban sus brazos ondulando los talles cimbreantes.

Las copas de saké habían dado muchas vueltas y se habían llenado con tan excesiva prodigalidad que las cabezas de los convidados no parecían firmes. El padre de Kama-Koura hacía grandes esfuerzos por mantenerse en pie y aparecer dignísimo; pero allá en sus adentros sentía el vehemente deseo de dar por terminada la fiesta y quedarse solamente en compañía de la fragante "Agua plateada". Un ansia loca de arrojarse al abismo sin fin de las caricias y los mimos le devoraba, y

cuando ya su impaciencia hubo llegado al colmo, mandó desalojar la estancia y poner una guardia de cuatro *kamelos* en las puertas, para que nadie turbase su entrevista con la deseada *oirán.*

Pero apenas el favorito del Emperador se hubo



despojado de sus ropas para acostarse junto a "Agua plateada", que sonriente e irónica le brindaba su desnudez, advirtió con espanto que se hallaba dominado por una incomprensible frialdad que le colocaría en ridículo ante los ojos de la cortesana.

La pérfida Ko-Mourasaki había propinado una bebida al padre de Kama-Koura que le hubiera impedido portarse ni siquiera discretamente con la mujer más hermosa del mundo. El favorito del Emperador contemplaba con angustia y melancolía su propia inutilidad, y en su desesperación estrujaba frenético su coleta, tan lacia que parecía un guiñapo.

"Agua plateada", para no aparecer como descortés ante los ojos del padre de su amado, puso de su parte cuanto pudiera contribuir a levantar el tan decaído espíritu de su adorador; pero todo fué en vano. El padre de Kama-Koura permanecía mustio y cabizbajo y su coleta arrastraba vergonzosamente como un trofeo inservible.

Las bodas que él había soñado con la apetitosa "Agua plateada", merced a la sabiduría de la pérfida Ko-Mourasaki, ¡eran irrealizables!...

IV

LAS LÁGRIMAS DE LA PRINCESA DEL AMOR

"Noche perfumada" cargó de opio su pipa, caprichosa locura de marfil en que las flores y las hojas de oro se enrollaban con gracia encantadora, y en seguida continuó:

—Aquel grandioso fracaso de su virilidad irritó de tal suerte al sanguinario padre de Kama-Koura, que, resoplante y amenazador, prometió castigar a la deliciosa cortesana por su palpable derrota en esos terrenos en que debe comportarse una *oirán* con obligada pericia. El favorito del Emperador no concebía que "Agua plateada" careciese de recursos para encender de voluptuosidad un temperamento como el suyo, tan bien dispuesto para el fuego, y la increpó severamente acusándola de haberle propinado algún bebedizo con objeto de desembarazarse de él.

Ante tales afirmaciones, la primorosa "Agua plateada" respondió colérica y desafiante, que ella no iba a malgastar su ciencia y paciencia en contender con un gallo abatido, que ni siquiera podía con la cola.

—Me han enseñado poesía, música, danza y todas las delicadezas del lenguaje y de los modales —exclamó con altivez "Agua plateada"—. Han hecho de mí una verdadera princesa del amor y me han vendido cuantas veces quisieron al pre-



tendiente que mejor pagase; pero ya me he cansado de esta odiosa esclavitud. ¡Quiero ser libre y no amar a otro hombre que el que mi corazón ame! Aléjate, viejo libidinoso e impotente, y envíame en tu lugar a esa maravilla que tienes por hijo. No puedo estar más a tu lado, me asqueas.

No quiero que mis compañeras contemplen una joya tan resplandeciente como yo hundida en el barro.

Inmóvil ante la inesperada energía de la *oirán,* palideciendo por momentos de ira y de estupor al verse tan valientemente rechazado por "Agua plateada", el favorito del Emperador rugió lúgubremente:

—Si no tuvieses ese talle embriagador, esa mirada de llama y esa sonrisa de coral, esta noche hubiera sido la última de tu vida. Pero no por eso te librarás de mi venganza. Has osado rebelarte contra mí y no está muy lejano el día en que te arrodilles a mis plantas implorando un perdón que jamás te otorgaré.

—¿Perdón yo?—dijo "Agua plateada", retrocediendo ante el padre de su amado—. Antes sucumbiré que demandar clemencia de un ser tan repugnante. Aparta, viejo inútil. Te prohibo contemplarme, porque tus miradas me manchan. ¿No te enrojece el rubor, viniendo, a tus años y con tu cara tan antipática, en busca de una vendedora de caricias, que sólo puede concedérselas de buen grado a un hombre joven y amable? Déjame en paz y envíame a tu hijo Kama-Koura, ese joven de tan graciosa belleza y hacia quien mi alma se siente irremisiblemente inclinada. Estoy extasiada ante su recuerdo y sueño con la dicha de volver a estrecharle entre mis brazos. ¿No es horrible tener que soportar, en cambio, a un viejo odioso

como tú? Realmente no mereces mi desprecio, sino mi compasión.

Y una vez dicho esto, cubriéndose el rostro lleno de lágrimas con su linda mano, blanca y suave como las camelias, "Agua plateada" abandonó la estancia, no sin antes dirigir al favorito del Emperador una última mirada de desdén y misericordia.

Pero apenas hubo salido sonriendo, altiva y cruel, la cortesana, el padre de Kama-Koura empezó a llamar a gritos a su fiel servidor, y requiriendo con él a cuatro guardias del palacio del placer, ordenó la captura de "Agua plateada" y su encierro en uno de los pabellones más alejados, con la consigna de que no entraran allí otras personas que las que él dispusiera.

Así se hizo, en efecto, y el martirio de "Agua plateada" comenzó, dirigido por el vengativo e inhumano favorito del Emperador.

Primeramente fué desnudada la deliciosa *oirán* y flagelada con exceso por los cuatro guardias del Palacio de Nácar, a la vista del padre de Kama-Koura. Pero la cortesana, sacando fuerzas de flaqueza, se encomendó a los dioses, y por un milagro suyo aquellos latigazos ni dejaron huella en las carnes de la cortesana ni le dolieron tan intensamente como sus verdugos imaginaban.

Luego el perverso y burlado favorito del Emperador ordenó que vinieran al Palacio de Nácar los cuarenta y nueve soldados más forzudos y resistentes del Imperio. Cuarenta y nueve hombres magníficos, de recias musculaturas y cuyos deseos fueron avivados durante varios días mostrándoles una serie de estampas libertinas en extremo excitantes.

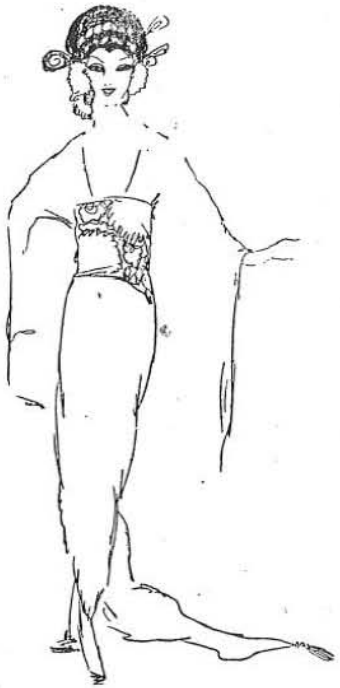
Y una noche, a una indicación del verdugo de la *oirán,* los cuarenta y nueve soldados penetraron violentamente en la estancia de "Agua plateada", esgrimiendo cuarenta y nueve sables a cual más afilado y pavoroso. Los cuarenta y nueve soldados, ávidos de deseo e impaciencia, se precipitaron sobre la desventurada *oirán,* y completamente desnudos formaron un círculo en torno a ella, mostrándola sus armas implacables que, lejos de doblegarse ante su pálida y espiritual belleza, parecían erguirse más.

"Agua plateada" colmóse de espanto y desesperación, imaginando que si bien uno a uno no hubiera tenido inconveniente en contender con los soldados, con todos ellos a la vez no iba a poder desenvolverse; pero aceptó resignada su triste situación y aguardó los acontecimientos.

De aquel extraño círculo de hombres terriblemente inquietadores con sus sables tan irritados, destacóse el padre de Kama-Koura, que cogiendo a la *oirán* por la cintura la despojó de sus vestidos, la tendió en el suelo sobre unos almohadones y se dispuso a efectuar el suplicio "del deseo insaciable e insaciado".

Empezó por atarla fuertemente los brazos por

detrás del cuerpo y sujetarla bien los pies con una cadena de hierro; luego comenzó a cosquillearla en los senos con indecible maestría y después cogió por el tallo una flor espolvoreada de pimienta



y se la pasó repetidas veces por la otra flor que él no había conseguido mancillar.

Aquel cosquilleo excitó de tal manera a la infortunada *oirán,* que la hizo enrojecer y agitarse en intensas sacudidas. Pero su orgullo la impidió

suplicar clemencia, y durante cuatro horas sufrió toda clase de terribles y estudiadas caricias que, acentuadas por el picor de la pimienta, la colocaron en una situación indescriptible.

Y cuando el favorito del Emperador advirtió que el suplicio de "Agua plateada" había llegado a su colmo, retiróse para que los cuarenta y nueve soldados, totalmente enardecidos, saciasen en la cortesana sus culpables deseos. Encomendóse nuevamente a Budha la desdichada *oirán* y tuvo que soportar en silencio, durante un día entero, el brutal ataque de aquellos cuarenta y nueve enfurecidos verdugos, portadores de sables pesadísimos y enormes, que no obstante, por un milagro de dios, pareciéronle a ella diminutos puñales. El padre de Kama-Koura confiaba en que los sables y la fortaleza de los cuarenta y nueve soldados producirían el aniquilamiento de "Agua plateada"; pero ésta, por la voluntad de Budha, si bien padeció horribles violencias, no perdió el conocimiento ni la grandeza de espíritu.

Exasperado el insensato verdugo de la *oirán* porque ésta había resistido con vida el formidable ataque de los cuarenta y nueve soldados, que tuvieron que retirarse a los tres días completamente mustios y sin fuerzas para seguir castigando a "Agua plateada", dispuso que la desventurada fuera encerrada en una jaula con cinco leones hambrientos, a menos que ella se arrojase a los

pies de su verdugo impetrando clemencia y prometiendo aceptarle como amante.

Pero "Agua plateada", a quien su martirio había prestado insuperable brío, se negó fieramente a cambiar un solo beso con el favorito del Emperador.

—Mejor prefiero ser encerrada con los cinco leones a aceptar la compañía amorosa de ese monstruo de crueldad. Yo sólo entregaré mi corazón a mi adorado Kama-Koura. He cambiado con él el Kisho, el juramento de eterno amor que condena a muerte al que sea infiel, y sin mi lejano amante no me apena sucumbir. ¿Qué se ha hecho del encanto de mi vida? Unos búfalos malditos destrozaron la valla de mi cercado y han profanado la parte más bella y florida de mi jardín. La única persona que podría devolverme mi belleza inmaculada y serena, como la nieve del monte Fousi, es mi adorado Kama-Koura. Sin él la muerte es para mí una liberación.

Dicho esto desvanecióse y quedó tendida en el suelo, más deliciosa que nunca. El martirio la había inflamado de juventud, de gracia y de hermosura, y el padre de su amante vibró convulsivamente al contemplarla en el apogeo de sus hechizos; pero cada vez más exacerbado, lejos de conmoverse ante la exquisitez de la *oirán,* dispuso que fuera introducida desnuda en una jaula, donde la aguardaban los cinco leones hambrientos,

encargados el resto del año de devorar a los reos acusados de alta traición.

Formóse una lucida comitiva para escoltar a la infeliz "Agua plateada", y ante una concurrencia cruel y numerosa, la joven fué invitada a penetrar en la jaula de los feroces leones.

Pero apenas hubo entrado la joven en la jaula, cuando todos esperaban colmados de perversa ansiedad que las fieras se arrojasen rabiosas sobre la blanca desnudez de "Agua plateada", sucedió una cosa extraordinaria. Los cinco leones quedáronse estáticos, y como maravillados arrodilláronse ante la cortesana, empezando a lamer sus plantas. Conmovidos por aquella hermosura rosada y perfumada, los leones dejaron de rugir embravecidos, y poseídos de una inefable calma permitieron que la *oirán* los acariciase.

"Agua plateada", de pie, con los brazos en alto cruzados por detrás de la cabeza, aceptó el homenaje de los cinco leones, que la lamían todo el cuerpo, especialmente la parte más castigada, como si quisieran hacerla olvidar con tan dulces caricias las horrorosas brutalidades de los cuarenta y nueve soldados.

Embriagada de voluptuosidad por las demostraciones cariñosas de los cinco leones, "Agua plateada" sintió flaquear sus piernas, yendo a caer sobre una de las fieras, que gustosa aceptó sobre su regazo tan deliciosa carga. Y los otros cuatro leones prosiguieron en su minuciosa tarea de la-

mer suavemente a la *oirán,* recreándose con humano placer en aquellas caricias que tan gratísimo efecto causaban a la joven.

En vista del resultado negativo de sus crueldades, el favorito del Emperador, desesperado y ru-



giente, sintió nacer en su cerebro una siniestra idea. Ordenó que "Agua plateada" fuera sacada de su encierro y conducida al pabellón de las Perlas Rojas, donde la mantuvieron durante dos días sin tomar ninguna clase de alimento.

Y al segundo día, cuando "Agua plateada", des-

fallecida y débil, suplicó unos granos de arroz o un poco de comida, una de sus sirvientes la ofreció sobre una bandeja de oro la cabeza de su decapitado amante Kama-Koura.

¿Y para qué pintaros la desolación de la joven *oirán?* Rasgó sus vestiduras, mesóse los cabellos, y arrojándose al suelo prorrumpió en amargo llanto. Hizo una llamada al resto de sus fuerzas y sólo así pudo increpar al causante de su infortunio con gritos de dolor que destrozaban su alma. Enloquecida por completo cogió entre sus manos la sangrante cabeza, y jamás amante alguna besó a su adorado como "Agua plateada" al frío rostro de su querido adolescente.

Fué tan intenso y angustioso su pesar, que no queriendo sobrevivir a su malogrado Kama-Koura, abalanzóse sobre una de las manoplias de la pared y cogiendo un afilado puñal hundióselo en el corazón, hasta quedar sin vida.

Mas la leyenda del martirio de "Agua plateada" no concluye aquí, porque el infortunio la persiguió más allá de la muerte.

El favorito del Emperador dispuso que la joven *oirán* fuese enterrada en una de las colinas que limitaban la ciudad del amor, y parece ser que movido por un tardío arrepentimiento coronó la tumba de mármoles y flores; pero muchos años después, cuando los trabajos de terraplén en el Yosi-Wara impusieron la exhumación de "Agua plateada" y la traslación de sus restos al cemente-

rio de las *oiráns,* vióse, al abrir el ataúd, que éste contenía el esqueleto de la cortesana, pero su esqueleto decapitado: una armadura blanca de hue-



sos, que al soplo del viento se convirtieron en ceniza.

La mano sacrílega del favorito del Emperador fué, sin duda alguna, quien se atrevió a mutilar el cadáver y sacó de la tumba aquella hermosa cabeza, que no quiso pensar en el amor con un

hombre tan siniestro y repugnante como el padre de su adorado. El único autor posible de semejante atentado no podía ser otro que el cruel y apasionado favorito del Emperador, que en un momento de locura de amor, exasperado, quiso arrancarla del cadáver, para hacerla embalsamar y tenerla junto a sí hasta el fin de sus días.



¿Y quién sabría adivinar las caricias innumerables o los castigos espantosos que el padre de Kama-Koura reservaría para aquella linda cabeza, macerada con afeites, sugestiva después de muerta a fuerza de bálsamos y ungüentos, pero tan fría y desdeñosa como en la época en que rechazaba altivamente las pretensiones de su verdugo? ¿En qué habitación extrema de su palacio guar-

daría el favorito del Emperador con voluptuoso encarnizamiento el macabro recuerdo de su odioso crimen, tal vez para azotar con un látigo de siete colas la cabellera de la mujer muy amada y deseada, o para peinarla dulcemente con ternura de amante inconsolable?

Aunque también es muy posible que el siniestro enamorado, en alguno de sus instantes de demencia amorosa, arrojase a las llamas la adorable cabeza de la *oirán* o la enterrase en su jardín, entre las raíces de cualquier mata de hortensias.

¿Quién se atrevería a asegurar cómo terminó el horrible martirio de "Agua plateada", la encantadora *oirán* que prefirió sucumbir trágicamente, después de soportar indecibles torturas, antes que entregar su rosada y apetecible desnudez al hombre que no era de su agrado?

Alvaro Retana